

imprudente—a los pies de plata de su madre; asocia lo que ve con lo que oye. Medita, compara, resuelve:

—¡Si ésta hubiera tenido los pies de plata! ¡Ay, pero ni una huella en el suelo, ni cómo rastrearla y seguirla! ¡Triste Menelao! Más ligeros son los pies de Elena que los míos. Ella, como Iris, no toca el suelo; pisa en la voluntad de los hombres con unas pisadas invisibles, como tentaciones. Sus plantas huelen al jugo de todas las flores. ¡Oh, qué hurtos, qué correrías por los jardines! Elena a todos los hombres podría decirles: «¡Acuérdate, acuérdate de aquel día!»

Elena, anonadada, se sonreía trémulamente. Si aquello fuera galanteo de jovencete o reclamo de enamorado, ahí de las habilidades y composturas que ella sabía. Pero oírse elogiar así, en tercera persona, frente a frente y—como si fuera cristiana—¡por sus pecados!, es cosa que la desvanece, trémulamente.

La luna, entre las ruinas inoportunas, asoma, vieja Celestina, fría a la vez que rozagante, pagada de sí. Algún pajarraco burlón, en el horizonte, desde su rama, proyectado sobre el astro como una sombra chinesca, lo picotea, lo picotea, con un regocijado chinar.

Cuando Elena advierte que ha anochecido, echa atrás el manto, descubre los brazos hacia la luna, y canta:

—El ansia de la tierra está suspendida de mis manos...

Es una antigua canción de rueca. Los ojos de Elena relampaguean furtivamente hacia Aquiles, el soldadón. Aquiles se acuerda de la infortunada Briseida, su dulce esclava.

—El ansia de la tierra está suspendida de mis manos. Venid a buscarme por las tapias de mi jardín, al hora en que duerme mi señor y enmudece la pajarera. Las fuentes se han vuelto de luz. ¡Ay, Romeo! ¡Ay, Calixto!

»En la sangre de mi palomar se han teñido vuestros halcones. Al hora de la alondra os iréis de mí. Venid a buscarme por las tapias de mi jardín.

»Me cortejaréis con adivinanzas, como Salomón a la reina Balquis. Yo os propondré los enigmas que me enseñaba mi nodriza la Esfinge, con que supe conducir al Infierno, como a tigre por el cordón de seda, a aquel caballero alemán que me evocó, espantado, desde el trípode de las Madres.

»El ansia de la tierra está suspendida de mis manos.

»¡Ay padre, hermanos, esposo mío! No os lo ocultaré: lo han querido todos los dioses. Me ostentaré desde la torre de Troya, para ver a los que luchan por mí, y todos lo adivinarán en esta cabellera desordenada, en esta cabellera que me denuncia, revuelta con las hojas del suelo.

»Gira, gira, gira, rueca mía, deva-

nando el hilo de la plata. Las Parcas ya no saben tejer. Las princesas llamarán a los pájaros para desenredar la madeja. Lo que haga de día la hilandería casta, yo lo desharé por la noche, ¡Redes de la mar, redes de la mar! ¡Os he tejido con mis cabellos de cáñamo! ¡Túnica, túnica de mi amado muerto! Yo la tejí para él; la teñí en mi sangre venenosa.

»Y el ansia de la tierra está suspendida de mis hábiles manos.

»Día llegará: mis taloncitos sonrosados os redoblarán sobre el corazón. Día llegará: os llevaré en rastra al cielo, estrangulados en mis trenzas de cáñamo. Porque yo soy vuestro dueño. Hombres, todos los hombres: «¡Acuérdate de Aquel Día!», gritadme todos, y yo desfalleceré, trémulamente».

—Bien—comenta Aquiles a media voz, mientras ella se recoge en el manto, jadeante, y lo abre y lo cierra como las alas de una mariposa lunar—. Bien: el gusto, algo asiático, poco ponderado: confusión de estilos y de épocas; el sabor, de clavo; el olor, de mirra. Pero ello va con las aficiones del tiempo. Y menos mal que no ha hecho el menor caso de estas ruinas romanas.

(Arde bajo la luna, al fondo, una ruina en forma de herradura, desportillada como una dentadura vieja).

Y:

—¡El ansia de la tierra está chorreando de mis brazos!—exagera Elena, arrebatada, mientras, en una ola de luz, la túnica se le arrolla a los pies, formando un nido, de donde salta ella, dorada, desnuda, hija del Cisne.

«Forma substancial de la luz. Cisne, flor de hielo: ahógame en tu cíngulo de seda, y yo flotaré, cabellera inútil, sobre el río en que se baña mi madre—¡oh hermanos míos!—, mientras vuestra honestidad se da topes en los picos de las estrellas».

Y después, cruzando los brazos, arrullando su propio seno:

—Dos gemelos traigo yo en brazos, dos hermanos de leche. Cástor se llama el de la izquierda, y el otro es Pólux. Tiemblan como corderillos los dos. Los Caballeros del Día y de la Noche, mis dos hermanos, me buscan cuando me les pierdo en las nubes crepusculares. Dos estrellas traigo en las manos: una la ambicionan para su corazón los mancebos; la otra la imploran las vírgenes para su frente.

»Día llegará, día llegará... Yo soy vuestro dueño, y me transfiguro siguiendo la ley de vuestros anhelos. Pero hay que desfallecer: algo inefable nos reclama».

Y Elena tiritita, entre la noche.

Entretanto, Aquiles, como marido que despierta de mal humor:

—¿Elena?

—¿Aquiles?

—Mis grebas están sin lustre; mi escudo padece abolladuras; el filo de mi espada está sordo. Haz que todo me sea alistado para la hora de partir.

Elena, descuidada, exhala su alma en una canción indiscreta:

—Volveré contigo en cuanto el otro...

Pero se detiene, sobresaltada, al canto del gallo.

Aquiles, ya entre sueños y desvaneciéndose, reintegrándose en el color y los perfiles del suelo, tiene pesadillas de mitólogo.

—Esto del talón vulnerable...—masculla—. Gota hereditaria... Juventud disipada de mi padre Peleo... Sólo tú me comprendes... No se lo digas a nadie, ni a Patroelo...

Elena, entretanto, el vello cuajado de rocío, corre de puntillas a refugiarse en el tronco de cualquier árbol.

Y el gallo, a voz en cuello, clarinea:

—¡Acuérdate de aquel día!

ALFONSO REYES

(España. Madrid).

Del Anecdotario Infantil Costarricense

LA chiquita de cinco años conversa formalmente con las vecinas; ellas le cuentan que comen *sopa de moscas* y *canillas de zopilote*, por lo que la chiquita hace ascos y gesticula. Luego las vecinas, —de buen humor—le dicen que su papá es muy feo, que está muy viejo, que está arrugado. Ella se resiente y contesta:

—¡Ay! no le diga así; ¿no vé que papá es un Dios?

LUEGO trae dos inquietudes cuando vuelve a la casa:

—Papá, ¿cómo es Dios? ¿estará sentado? y enseguida cuenta como le han tratado al papá, le han dicho viejo *alugado*.

—La vieja alugada sos vos.

—No, yo no soy alugada.

—Vos sos la alugada, porque sos vieja y fea, y yo soy chiquito.

—¡Ah sí! tamaño chiquitito de cien años, ¡ah sí!

AHORA está comiendo mangos con el dinero que le dió el papá. Por broma, éste le pide un pedazo. Ella razona con entera lógica.

—¡Tan chiche! Ya quiere que uno lo mantenga... ¿Por qué no trabaja?

(Recogidas por V. Cordero B. Heredia).